

Consecuencia de los Procesos de Monjuïc: los fusilamientos de 4 de Mayo de 1897.

Ese fallo era el resultado de la protesta unánime á que nos referíamos al enumerar los periódicos y agrupaciones que, así en España como en el extranjero, elevaron la voz en favor de la inocencia oprimida; pero ya se comprenderá que el gobierno no podía rectificar su error sin grave quebranto de su autoridad; ni Cánovas era hombre que se dejase ablandar fácilmente por los ruegos y manifestaciones más ó menos platónicas. La sentencia por absurda que fuese debía cumplirse, y la vindicta pública, no menos que el sentido común burgués pedía que se fusilara por lo menos al, autor y los coautores del atentado.

De este modo se armonizaba el principio de justicia con cierta declaración del inspector Tressols, que desde el primer momento había asegurado lo siguiente: *Es preciso que el autor parezca, y parecerá; debe estar entre los detenidos. Sé que habrá cuadro* (Quería decir que se fusilaría á varios procesados). El por su parte pretendía que se atormentara también á las mujeres para obligarles á que declararan lo que supiesen. Un Philadelphus Orchys cualquiera resulta menos cruel que ese desdichado *Vinagret*.

Se puso en capilla a los condenados el día 3 de Mayo, ocupando cada uno de ellos un calabozo. Se les maniató y se les prohibió gritar, á la vez que se hacían los preparativos necesarios para el doble enlace de Luis Mas y Tomas Ascheri con Salud Borrás y Francesca Saperas. La triste ceremonia se efectuó como es sabido, en aquellos calabozos pocas horas antes de la ejecución. Así, el capellán encargado de bendecir a los cónyuges pudo vanagloriarse de haber conquistado para el cielo dos almas, á las que para mayor seguridad de una conversión definitiva, se enviaría muy pronto á su destino por el atajo más corto y con el más oportuno viático. Respecto á los demás reos no se les pudo convencer y la prohibición que antes hemos aludido no sirvió para nada.

Molas, Nogués y Alsina no cesaron de protestar de su inocencia mientras estuvieron en capilla, y para acallar sus gritos hubo necesidad de anticipar la hora de crimen.

Luis Mas, en un momento de lucidez, unió su voz a las imprecaciones de sus compañeros, persistiendo los cuatro en su enérgica actitud, á pesar de las advertencias que se les dirigieron. Los soldados conmovidos no sabían que hacer y los oficiales se aturrullaron, todos convencidos de que tales quejas no se producían sin motivo. ¡Cómo podían aquellos infelices, si se hubieran sentido culpables, acriminar con tan extremada dureza á los que les condenaban una muerte ignominiosa por la enormidad del delito! .

De Ascheri se ha dicho que fue un enigma desde el primer momento en este monstruoso proceso (1). Murió, al parecer, convertido. En su conciencia debió librarse una terrible batalla. El fue, obligado por brutales tormentos, el principal acusador de tantos inocentes que ahora una justicia inicua castigaba inflexible. Ascheri es la hechura de los Marzo y sus esbirros y la obra acabada por los jesuitas. Se hizo de este desgraciado un autómatas que ni aun en los últimos momentos tuvo vigor para reaccionar y mostrarse hombre. Su conversión en estas circunstancias no tiene valor alguno. Su posible culpabilidad, pudiendo tal vez ser clara y evidente, ha quedado envuelta en el misterio. La imparcialidad nos obliga á proclamar aquélla y cierta la inocencia de los demás. El respeto y la consideración debidas á los hombres que han dejado de existir y no pueden por tanto revelarnos los secretos móviles de sus actos ni prestárase á la comprobación de sus culpas, inclínanos a prescindir de consideraciones que si pudieran redundar en beneficio de una idea, podrían también escarnecer una honra robada y una inocencia desconocida.

Barcelona, España, el mundo todo ha presenciado con horror el término terrible de esta tragedia que comenzó en la calle de Cambios Nuevos.

Pedro A. Ruiz Lalinde
IES “Marqués de la Ensenada”
Haro

Un periódico esencialmente reaccionario, órgano de todos los gobiernos, lo reflejaba admirablemente en este telegrama que produce escalofríos de terror.

Barcelona 4, (7 m.)

A las tres de la madrugada empieza á notarse animación en las inmediaciones del castillo de Montjuich y en los caminos que conducen á la montaña.

Por la carretera suben fuerzas de policía y de la guardia civil, destinadas á vigilar el recinto donde va á verificarse la ejecución.

Los regimientos de caballería de Borbón y de Tetuán toman posiciones para formar el cuadro.

Acude una inmensa multitud, en la cual las mujeres están en mayoría.

Suben por la cuesta de Montjuich los dos furgones destinados á trasladar al cementerio los cuerpos de los ejecutados.

La noche ha sido oscura y nublada.

Corre un fresco impropio de estos días, y lo desapacible del tiempo acaba de hacer triste y negro el paisaje, dándole aspecto pavoroso.

Empieza a amanecer.

Gracias á la amabilidad del jefe de vigilancia Sr. Plantada, consigo al fin penetrar en el sitio en que ha de ejecutarse á los condenados.

Forma este lugar un extensísimo foso, dominado por la muralla inmediata.

El camino está atestado de gente, y los agentes apenas pueden contener al público, que se sitúa junto á la muralla, cubriendo materialmente los alrededores del castillo.

A las cinco de la mañana salen por la poterna que da al foso dos compañías de cazadores de Figueras encargadas de la ejecución.

Algunos minutos después aparece por la misma poterna la fúnebre comitiva.

Ascheri lleva blusa y va junto á un sacerdote, que empuña un crucifijo.

Siguen Más y Nogués, vestidos de chaqueta.

Molas viste una blusa azul, y Alsina blanca y larga.

Todos llevan la cabeza descubierta... y las manos atadas á la espalda por una cuerda que cogen los soldados.

Acompañan á los reos todos los hermanos pertenecientes á la cofradía de Nuestra Señora de los Desamparados, el piquete encargado de la triste misión, el médico forense y el juzgado municipal.

La comitiva sigue á lo largo del foso.

La presencia de los reos produce en el numeroso público profunda impresión.

Los reos miran impávidos á la gente y no contestan á las frases de consuelo que los cofrades les dirigen.

Mas ríe y mueve sarcásticamente la cabeza.

Nogués anda con gran soltura.

En cuanto llegan á la pared del foso señalado para la ejecución, el oficial del piquete llama á los sentenciados por sus nombres para que adelanten tres pasos, como así lo hacen rara seguridad.

Molas grita: ¡Soy inocente! ¡Asesinos!

Mas añade: ¡Viva la anarquía!

Alsina prorrumpe también con firmeza: ¡Muera la Inquisición! ¡Esto es un asesinato!

El público oye estos gritos sobrecogido de terror. La escena es imponentísima.

La firmeza y obcecación de los reos causan tanta tristeza como asombro en la gente, y se ve en todos los semblantes pintada la turbación más honda.

Nogués dice dirigiéndose al piquete: ¡Fuego! ¡fuego!

Molas pide á los soldados que se acerquen más.

El oficial que manda la fuerza ordena á los reos que se arrodillen, y así lo verifican.

Pedro A. Ruiz Lalinde
IES “Marqués de la Ensenada”
Haro

Nogués dice con serenidad: ¡Apuntad bien! ¡No hagáis padecer!.

Mollas grita con fuerza: ¡Viva la revolución social!

Oyense repetidas voces de: ¡Somos inocentes!.

El oficial agita el pañuelo.

El público, más conmovido á cada instante que pasa.

Suena la descarga.

Caen todos los sentenciados, menos Alsina.

Se disparan muchos tiros para rematarlos.

El médico certifica la defunción de los reos.

Estos quedan en posturas inverosímiles. Las balas Maüser les han destrozado horriblemente.

Colócaseles en los respectivos ataúdes, y se organiza la comitiva que acompañará á los cadáveres el cementerio.

Las tropas se retiran. .

El público empieza a dispersarse también, siempre impresionadísimo.

(La Correspondencia de España, Madrid 4 de Mayo).